



Comunicaciones

La enseñanza del español a través de la literatura latinoamericana, elaboración del *podcast*: "Las batallas en el desierto"

Ana Bertha Rubio Hermosillo
Universidad Nacional Autónoma de México
Colegio de Ciencias y Humanidades
Plantel Azcapotzalco

Resumen

El trabajo que se realiza con los adolescentes siempre es arduo, por lo que emprender esta encrucijada no es tarea fácil. Sin embargo, a través de la consistencia de un diseño didáctico, de la selección adecuada de las obras y de los conocimientos pedagógicos del docente, el trabajo que se convierte en placer, siempre rendirá buenos frutos. La literatura es una fuente de lenguaje más elaborado, en donde los alumnos de bachillerato tienen acceso a otras formas de vida y a otras épocas, que les permite descubrir esos aspectos, a la par de disfrutar y reconocer el efecto de sentido estético. Es por eso que considero que, la literatura, es una vertiente de inagotables recursos para abordar la enseñanza del español, mediante el diseño de una estrategia de análisis de la obra del mexicano José Emilio Pacheco, "Las batallas en el desierto". En donde el resultado se apreciará a través de la elaboración de un *podcast*, en tanto que los estudiantes darán cuenta evidente del uso de la lengua materna.

Palabras clave: *podcast* - conceptual - procedimental - cognitivo - pedagogía

El análisis del relato breve

*La literatura es como el fósforo:
brilla más en el instante en que intenta morir.*
Roland Barthes

Así es como enseñamos español en México:

La literatura es un género que incide en la formación de los jóvenes, no sólo en lo relativo a conocimientos de tipo conceptual y procedimental, sino en la consecución de aprendizajes en torno a las actitudes y valores con respecto a los primeros (conceptuales y procedimentales), por lo que se tratará sobre éstos alrededor de herramientas de análisis propiamente literarios.

La lectura en general y la lectura de la literatura en particular, son instrumentos potentísimos de aprendizaje, ya que a través de la actividad lectora se adquieren conocimientos de cualquier disciplina. Por lo tanto, tal función implica el desarrollo de las capacidades cognitivas, como analizar, interpretar y criticar, entre otras; las cuales integran los propósitos que se insertan a lo largo del Plan de Estudios del Colegio de Ciencias y Humanidades, de la Universidad Nacional Autónoma de México.

Para explicarlo ampliamente, veamos que la lectura es un aprendizaje trascendental para la evolución intelectual de los estudiantes, la cual es determinante en el desarrollo y cumplimiento de los preceptos pedagógicos y, se puede interpretar de la siguiente manera: *aprender a leer, leer para aprender y aprender a aprender con la lectura*; dicho resultado nos permitirá apreciar que la literatura –a través de su lectura– alcanzará su propósito primordial que consiste en: *que el alumno lea, [comprenda] analice e intérprete un texto literario* (Cassany, 2000: 210).



Por ello, se considera que la lectura es fuente de información y de formación, que no depende exclusivamente del área de Talleres de Lenguaje y Comunicación, sino también de las otras áreas: Historia, Ciencias Experimentales e incluso Matemáticas.

Por lo que respecta a la enseñanza de la Lectura, al abordar el Análisis de Textos Literarios, tanto la lectura como la literatura cobran una relevancia mayor; en donde la primera, es una actividad que se ejercita de manera prácticamente innata; mientras que la segunda, es un género que implica una serie de aprendizajes cognitivos, dado que influye en el desarrollo del adolescente –y como ya se dijo–, lo induce hacia la reflexión y la modificación de sus esquemas de pensamiento, gracias a que los alumnos se encuentran en una edad propicia para la adquisición e incremento de la competencia literaria.

Bajo este rubro, la labor del docente consiste en fomentar en sus estudiantes, el gusto por la literatura, como lo advierte Cassany, es su deber: “Mostrar la literatura como fuente de placer y como una actividad de ocio lúdica y enriquecedora. De acuerdo con una de las principales funciones de los textos literarios, [que consiste en] disfrutar leyendo, evadirse y jugar con el lenguaje[...].” (Cassany, 2000: 504). Es menester enfatizar que la literatura posee un carácter de manifestación artística, de medio de expresión de ideas, sentimientos, valores y nuevas formas de vida, entre otras; donde subyace la lengua en uso, no sólo con fines comunicativos, sino invaluablemente, estéticos.

La enseñanza de español a través de la literatura en el bachillerato: para el tratamiento que se propone darle a la literatura en el nivel medio superior, veamos específicamente que el lenguaje literario no expresa únicamente lo que dice, sino que es más ambicioso, dado que aspira a impactar al lector, al persuadirle, y probablemente, influir en su forma de pensar (Franco, 2005: 17).

Para ello, abordemos la siguiente premisa, “la literatura, no sólo es el reflejo de la sociedad, ni un espejo que nos muestre otros espejos” (Franco, 2005: 35), sino una realidad dentro de otra, que le permite al alumno apreciar diferentes aspectos de la vida cotidiana, aunado a ciertos valores y múltiples rasgos que permean a la sociedad. Por consiguiente:

La verdad en literatura es lo mismo que la verdad fuera de la literatura, es decir, conocimiento sistemático y susceptible de verificación objetiva. El novelista no tiene un atajo mágico por donde llegar a ese estado del conocimiento de las ciencias sociales que constituye la “verdad” con la cual hay que contrastar su “mundo”, su realidad inventada, ficticia. [...] Pero, en tal caso –cree Eastmann–, el escritor imaginativo –y sobre todo el poeta– se malentiende a sí mismo si cree que su papel primordial es el de descubrir y comunicar conocimiento. Su verdadera función es hacernos percibir lo que vemos, hacernos imaginar lo que ya sabemos conceptual o prácticamente (Franco, 2006: 41).

Aunado a ello, consideremos que Platón manifestó tajantemente sobre la mimesis que: “si el arte no es verdad, tal vez sea una mentira” (Franco, 2005: 42). Veamos que, si la literatura fantástica es ficción, lo contrario a ficción no es la verdad, sino los hechos o bien, la existencia en el tiempo y en el espacio, en donde los hechos son aún más extraños a la probabilidad de ésta (Franco, 2005: 42).

Varios estudiosos de este campo han declarado acerca de: “[...] las relaciones entre sociedad-autor-texto-lectores-sociedad son complejas y de doble dirección y no son automáticas ni unidireccionales. Son, además, relaciones autónomas y no dependientes o independientes” (Baquero, 1998: 53), que están determinadas por el “que-hacer” de la realidad del autor, en un contexto determinado que conviene analizar; lo cual forma parte esencial del resultado de la interacción de la literatura dentro el aula, mediante el estudio del contexto de producción literaria y del contexto de recepción de la obra, como el momento en que los



alumnos están leyendo las obras y por lo tanto, actualizan su significado.

Para profundizar en este rubro, debemos mencionar algunos elementos que definen a la literatura, por lo que es importante citar su doble característica de sistema significante y de mensaje comunicativo, tal como Lázaro Carreter ha propuesto en el siguiente apartado:

[...] una definición de literatura que tiene en cuenta su doble característica de sistema significante y de mensaje comunicativo: la literatura es «un conjunto de mensajes de carácter no inmediatamente práctico; cada uno de estos mensajes lo cifra un emisor o autor con destino a un receptor universal [...] Ese mensaje conlleva su propia situación; [...] la obra literaria, en función debe de mantenerse inalterada y ser reproducida en sus propios términos, se cifra o escribe en un lenguaje especial cuyas propiedades generales se insertan en las del lenguaje literal [...]» (Franco, 2007: 52).

Cabe destacar que la literatura es *Arte* –con mayúsculas– y expresión comunicativa, la cual le ha otorgado a la humanidad la posibilidad de utilizar como una vía privilegiada “mentiras verdaderas”; por lo tanto, le ha concedido posibles respuestas sobre la búsqueda incesante del conocimiento; es decir, el mundo real no le es satisfactorio por múltiples razones y, gracias a que el ser humano tiene la facultad de crear un mundo alternativo, que le permite cubrir sus necesidades individuales y colectivas, dado que es...

[...] en el arte, donde el ser humano vuelca sus grandes preguntas y busca sus mejores respuestas convirtiéndolo así en la actividad más verdadera que existe, aunque se realice, como en el caso de la literatura, a través de historias ficticias [en donde la literatura ha rebasado a la realidad y a la inversa]. [En conclusión,] hemos llegado a una perspectiva bien diferente a la platónica, que presuponía el valor del arte sólo desde patrones de realidad [...] (Redondo, 1995: 95).

Para complementar la idea anterior, veamos que Aristóteles señaló que la función de la literatura es liberarnos, en nuestro papel de escritores o de lectores, de la presión de las emociones. Es decir, “Expresar emociones es librarse de ellas, como se dice que Goethe se libró de “Weltschmerz” escribiendo *Las cuitas del joven Werther*” (Redondo, 1995: 44).

Elaborando una analogía con el autor mexicano, José Emilio Pacheco, al crear *Las batallas en el desierto* (Pacheco, 2001), podríamos afirmar que en esta obra, se libera de sus propias emociones; por lo tanto, el alumno, al reconocerlas en el texto literario, se conecta con aprendizajes de tipo actitudinal, en donde las emociones son centrales y lo encaminan a identificar el sentido del relato.

Ahora bien, señalemos que hipotéticamente para los lectores “ideales”, la literatura ni estimula ni debe estimular las emociones, porque las emociones representadas en ella no son las mismas de “la vida real”, ni para el escritor ni para el lector, sino que son recordadas, están expresadas y liberadas por análisis; es decir, son las *sensaciones* de las emociones, las *percepciones* de las emociones (Redondo, 1995: 44). En definitiva, aún cuando éstas son “re-creadas”, logran inyectar el efecto estético en su lector, es decir, lo atrapan y cumplen con su función cabalmente.

Evidentemente, en el relato se manifiestan los cambios experimentados a partir de una situación inicial. Por ejemplo, en *Las batallas en el desierto*, Carlitos, el personaje principal, relata lo siguiente: “Éramos tantos hermanos que no podía invitar a Jim a mi casa. Mi madre siempre arreglando lo que dejábamos tirado, cocinando, lavando ropa [...]” (Pacheco, 2001: 22). Lo cual resulta totalmente cierto, porque con ello, muestra tanto los elementos socioculturales en que se inscribe el relato, como de un panorama en el que se caracteriza al



tipo de familia a la cual pertenece, y por último, de las condiciones en las que se desarrolla su infancia.

El ejemplo más claro sobre la lucha interna que debe librar el personaje principal lo apreciamos en la misma obra, con Carlitos, durante la contienda que sostiene al hacer frente a la sociedad, a su familia y a él mismo, ya que también se manifiesta totalmente confundido ante la adversidad, porque no sabe si hizo lo correcto al haberle declarado su amor a Mariana.

Por lo tanto, veamos que el tiempo de la historia y del relato son muy complejos, dado que el tiempo es totalmente relativo y humano, no puede abordarse únicamente desde un punto lineal, sino que será proporcionado por una serie de acontecimientos que nos permitirán su análisis. Sobre este aspecto, Paul Ricoeur advierte que:

Ha llegado el momento de relacionar los dos estudios independientes que preceden y poner a prueba mi hipótesis de análisis: entre la actividad de narrar una historia y el carácter temporal de la existencia humana, existe una correlación que no es puramente accidental, sino que presenta la forma de necesidad transcultural. Con otras palabras: el tiempo se hace tiempo humano en la medida en que se articula en un modo narrativo, y la narración alcanza su plena significación cuando se convierte en una condición de la existencia temporal (Ricoeur, 1991: 113).

Mientras que se observa que el tiempo de la historia se desarrolla a través de acciones, acontecimientos y los sucesos que describe, en este caso, el protagonista-narrador:

Me acuerdo, no me acuerdo: ¿qué año era aquél? Ya había supermercados pero no televisión, radio tan sólo [...] Estaban de moda Sin ti, La rondalla, La burrita, La múcura, Amorcito Corazón. Volvía a sonar en todas partes un antiguo bolero puertorriqueño: Por alto esté el cielo en el mundo, por hondo que sea el mar profundo, no habrá una barrera en el mundo que mi amor profundo no rompa por ti (Pacheco, 2001: 9-19).

Con esta cita, se aprecia claramente que la historia avanza a través de un discurso; es decir, el tiempo se enuncia por las marcas extratextuales, y más aún, con el siguiente párrafo, en que Carlitos menciona:

Fue el año de la poliomielitis: escuelas llenas de niños con aparatos ortopédicos; de la fiebre aftosa: en todo el país fusilaban por decenas de miles de reses enfermas; de las inundaciones: el centro de la ciudad se convertía otra vez en laguna [...] La cara del Señorpresidente en dondequiera: dibujos inmensos, retratos idealizados, fotos ubicuas, alegorías del progreso con Miguel Alemán como Dios Padre, caricaturas laudatorias, monumentos (Pacheco, 2001: 9-19).

Por lo que respecta al tiempo empleado por el lector para realizar la lectura, podemos sugerir que puede llevarlo a cabo en dos horas, considerando que *Las batallas en el desierto*, lo ha atrapado y no se apartará de él, hasta culminar con la última página.

El tiempo en el que se desarrollan los acontecimientos es la historia real de México, desde el alemanismo¹ hasta 1981, al concluir que: “Todo pasó como pasan los discos en la sinfonía. Nunca sabré si aún vive Mariana. Si hoy viviera tendría ya ochenta años” (Pacheco, 2001: 9-19). Con un paréntesis, porque no sabemos qué sucedió entre 1950, y aparentemente 1981, el cual es el año que reconocemos como el momento de la enunciación del relato, que se ejecuta por un narrador autodenominado “Carlitos”.

1 Período presidencial de Miguel Alemán 1946 a 1952 en México.



Es pertinente hacer *notar* los espacios que caracterizan al relato, cómo se desenvuelven secuencia a secuencia, para observar el proceso espacial en el que se presenta el conflicto que el texto plantea.

Por lo que, veamos la siguiente definición que nos brinda Alicia Redondo: “No sólo nos interesan los espacios que sirven de escenario a los acontecimientos, caminos, casas, ciudades o iglesias, de la historia contada, sino también los movimientos espaciales, como entrar-salir, subir-bajar, marcharse o permanecer, etc. que suelen soportar gran parte de la carga simbólica del texto” (Redondo, 1995: 31).

Un ejemplo totalmente evidente, se realiza a través de la descripción de la colonia Roma, durante el sexenio de Miguel Alemán, en la obra del escritor José Emilio Pacheco. En donde la ciudad se ha mimetizado con sus habitantes y resulta imposible divorciar la esencia de ésta con la de sus pobladores. Es más, podemos considerar que la ciudad es otro personaje, porque logra adquirir vida propia, se ha desarrollado a la par de los personajes, con características propias.

El espacio empleado en el relato puede ser externo o interno, abierto o cerrado; el cual suele ser bastante significativo y determinante en el discurso o, sencillamente, puede carecer de importancia en el mismo. Lo que el lector debe observar e intentar reconocer es la función de esta dimensión, y no pasar por alto, en un momento dado, el valor simbólico que contiene.

Por lo tanto, es mediante el lenguaje que el escritor “representa” un espacio, como la colonia Roma, en ella, se muestran algunos rastros que el lector puede reconstruir, por ejemplo: “[...] Caminé por Tabasco, di vuelta en Córdoba para llegar a mi casa en Zacatecas. Los faroles plateados daban muy poca luz. Ciudad en Penumbra, misteriosa colonia roma de entonces. Átomo del inmenso mundo, dispuestos muchos años antes de mi nacimiento como una escenografía para mi representación [...]” (Pacheco, 2001: 30). La referencia sobre los estados de la república mexicana, a que alude Carlitos, corresponden a las calles que conforman la colonia Roma, mismas que un lector mexicano logra identificar; sin embargo, un lector extranjero no, ya que carece de información complementaria acerca de los elementos distintivos que se mencionan en la obra.

Continuando con esta aseveración, un personaje literario, ya sea que se observe en un cuento o en una novela, es diferente a una persona real o a un personaje histórico. Es decir, literariamente está construido por frases que provienen de un autor –puntalicemos que lo hace a través del narrador– quien ha prefigurado a sus propios personajes.

Por lo tanto, todos los personajes se caracterizan por sus descripciones, acciones, palabras y lo que los otros personajes dicen de ellos en los relatos; trátase del cuento o la novela, principalmente. Carlitos dice: “En los recreos comíamos tortas de nata que no se volverán a ver jamás. Jugábamos en dos bandos: árabes y judíos [...] Millonario frente a Rosales, frente a Harry Atherthon yo era un mendigo” (Pacheco, 2001: 13) y “Me dio tanta tristeza como Bambi. Cuando a los tres o cuatro años vi esta película de Walt Disney tuvieron que sacarme del cine llorando porque los cazadores mataban a la mamá de Bambi” (Pacheco, 2001: 21). Las descripciones nos revelan quién y cómo es el personaje principal, por lo que sus características corresponden a las de un niño sensible, de clase media, que acudía a la escuela primaria para varones, de mediados del siglo pasado.

Al interior de las categorías discursivas, podemos considerar que en el discurso se establecen dos tipos: el discurso directo, el cual se reconoce porque “se da en aquellos discursos en los que se cita las palabras o ideas de los personajes de forma textual, tal y como se supone que en ellos mismos se han producido” (Redondo, 1995: 46). Por ejemplo, Mariana a Carlitos. “Vamos a ver: ¿Por qué andas tan exaltado? ¿Ha ocurrido algo malo en tu casa? ¿Tuviste algún problema en la escuela? ¿Quieres un chocomilk, una cocacola, un poco de agua mineral? Ten confianza en mí. Dime en qué forma puedo ayudarte. No, no puede ayudarme señor. ¿Por qué no Carlitos? Porque lo que vengo a decirle –ya de una vez, señora, y



perdóneme— es que estoy enamorado de usted” (Pacheco, 2001: 37).

Ejemplo de ello es la siguiente cita: “[...] (nunca voy a olvidar que me tomó la mano) y me dijo: Te entiendo, no sabes hasta qué punto[...]” (Pacheco, 2001: 38).

Mientras que el tiempo de la narración, es la posición que ocupa el narrador con respecto a la historia, que puede ser: ulterior –futuro–, con Carlitos desde los años cincuenta. El anterior –pasado–, con Carlos, el narrador en los años ochenta, hablando desde los años cincuenta. Y, simultáneo –presente–, en donde: el narrador cuenta una historia que le es contemporánea y que sucede mientras la cuenta, con Carlitos desde los años ochenta, al contar su propia vida, en el tiempo que le es presente.

Ahora bien, veamos que Carlitos, quien es el personaje principal de *Las batallas en el desierto*, no es igual a José Emilio Pacheco, aún cuando muchos lectores adolescentes e ingenuos tienden a confundir al escritor –de carne y hueso–, con el narrador –ficcional–. Porque coinciden, en cuanto a que, es mexicano, de clase media, adulto, intelectual y narra desde la primera persona, es decir, desde un tiempo presente² (Verani, s/a : 234).

Un hecho más, para establecer esta ambigüedad, es la relación con la época, en que prácticamente la vida de José Emilio Pacheco –el autor– y Carlitos –el narrador–, corresponden cronológicamente entre sí, visiblemente, Carlitos es un adulto desde un tiempo presente, –aproximadamente: 1981– al igual que el autor; y tal suceso permite que el lector caiga en la trampa de que el autor y el protagonista poseen la misma identidad.

En síntesis, observemos que *Las batallas en el desierto* es un relato ficticio, en el cual intervienen varios personajes, y tiene como intención fundamental el goce estético, es una manifestación literaria, que pertenece al género narrativo, donde se cuenta una historia, y por lo tanto, constituye el eje del relato, a través de varias secuencias.

En *Las batallas en el desierto*, se aprecia que mediante las acciones es que sabemos cómo va transcurriendo el tiempo, pues existen explicaciones generales o ambiguas sobre el paso de los días, las fechas, las épocas; se sobreentiende que comienza cuando: “Me acuerdo, no me acuerdo: ¿qué año era aquél? Ya había supermercados...” (Pacheco, 2001: 9). Esta situación es interpretada positivamente por un lector mexicano que deduce la época a la que se refiere el narrador: Verani señala acertadamente: “Pacheco, en cambio, parte de lo cotidiano e inmediato, del intrascendente mundo de la adolescencia, con el propósito de reconstruir el espacio sociocultural de un momento histórico, el del México de la segunda postguerra” (Verani, s/a: 232).

Por lo que respecta a la descripción de los recorridos por las calles, éstos nos permiten identificar el avance del tiempo, en donde es evidente que: “Los viernes, a la salida de la escuela, iba con Jim al Roma, el Royal, el Balmori, cines que ya no existen [...]. Volví a ser niño y regresé a la Plaza Ajusco a jugar con mis carritos de madera. La Plaza Ajusco adonde me llevaban de recién nacido a tomar sol y en donde aprendí a caminar” (Pacheco, 2001: 20-32). En esta cita, Carlitos nos permite evocar su nostálgica infancia, al manifestar una aparente melancolía por aquello que representó sus más tiernos momentos.

Agreguemos que la extensión de este relato consta de 68 páginas; mientras que el tiempo narrado corresponde a tres décadas, que van aproximadamente de 1950 a 1981. Por lo que la velocidad narrativa, es la *velocidad* con que avanza la narración. Este avance es en cierto modo subjetivo, y los cambios que tiene dicha *velocidad*, son los que determinan el ritmo del cuento e incluye otros elementos (Redondo, 1995: 115).

Por lo tanto, es la impresión que el lector percibe del mundo que le es narrado y depende directamente del discurso, que le da cuerpo; dado que la relación que existe entre

² Verani. “El niño que vivió la historia contada y el narrador que habla de sí mismo representan dos actantes distintos. La voz del niño protagonista revive su propio pasado y la voz del protagonista-narrador desliza, con sutileza, una mordaz crítica social”.



historia y discurso narrativo logra que la concepción de mundo resulte significativa³ (Pimentel, 1998: 18). En él se incluyen valores, símbolos, ideas, mitos, creencias, actitudes, comportamientos, etc.

A través de la obra en tratamiento, observamos que Carlitos trae a colación varios elementos intertextuales, como son: el mural de Diego Rivera en el Hotel Del Prado, *Mi lucha*, la *breve historia de México* de José Vasconcelos, entre otros.

En el desarrollo de este trabajo nos percatamos de que los valores que se enuncian – insistentemente– a lo largo del Plan de Estudios no aparecen en el Programa Institucional explícitamente. Por lo que *Las batallas en el desierto* permite observar que está integrada por una serie de elementos en donde se plasman los valores y antivalores.

Paul Ricoeur, aduce que la realidad de la vida se aprecia en relación a los valores expresados en un relato:

[...] con arreglo a las normas inmanentes a una cultura, las acciones pueden valorarse o apreciarse, es decir, juzgarse según una escala preferentemente moral. Adquieren así un valor relativo, que hace decir que tal acción vale más que tal otra. Estos grados de valor, atribuidos en primer lugar a las acciones, pueden extenderse a los propios agentes, que son tenidos por buenos, malos, mejores o peores (Ricoeur, 1991: 122).

Son precisamente los valores los que conforman una parte trascendental en la obra mencionada, los cuales se derivan de las acciones de los personajes, de una sociedad que se está transformando, en la que se ha insertado la transculturación norteamericana, que empieza por descalificar lo “puramente” mexicano hasta el punto de ridiculizarlo y anularlo. De la obra que traemos a colación, Hugo J. Verani dice:

Pacheco practica el arte de la reticencia y de la omisión, [en donde] reduce los medios expresivos a lo indispensable. El narrador no describe directamente los hechos, no documenta ni reflexiona, sino que va aludiendo elípticamente al trasfondo sociocultural (valores, hábitos, actitudes, lenguaje) para sugerir, por inferencia, las causas de la decadencia de un modo de vida. El enfrentamiento entre el niño y los adultos va descubriendo la intransigencia y turbiedad de las relaciones humanas, en sincronía con el derrumbe social del país (Verani, s/a: 237).

Finalmente, consideremos que el trabajo con adolescentes implica que ellos tomen conciencia de que cualquier interpretación debe ser justificada por elementos del propio discurso. Se debe señalar que nuestros alumnos tienen un horizonte de expectativas aún muy limitado, ya sea por su edad, problemas educativos y/o cambios cognitivos, por lo que no pueden tomar decisiones contundentes y toda interpretación que realicen deberá estar demostrada.

Bibliografía

Aristóteles (1990). *Arte poética*, Venezuela: Monte Ávila Latinoamericana, C.A.

Baquero Goyanes, Mariano (1998). *Qué es la novela, qué es el cuento*. Murcia: Universidad de Murcia.

Barthes, Roland (2001). *El grado cero de la escritura*. México: Coyoacán.

³ Para agregar otros elementos al concepto de *mundo narrado*, Luz Aurora Pimentel, advierte que: “Desde el punto de vista de la producción textual, el contenido narrativo o diégesis de cualquier relato cristaliza en la impresión de un mundo narrado en el que se conjugan dos factores, la historia (mundo) y el discurso (narrado)”.



- (2001). *Análisis estructural del relato*. México: Coyoacán.
- Beristáin, Helena (1997). *Diccionario de retórica y poética*. México: Porrúa.
- (1999). *Análisis estructural del relato literario*. México: UNAM-Limusa.
- Cassany, Daniel *et al* (2000). *Enseñar lengua*. Barcelona: Graó.
- (1993). *Reparar la escritura. Didáctica de la corrección de lo escrito*. Barcelona: Graó.
- Pacheco, José Emilio (2001). *Las batallas en el desierto*. México: Era.
- Pimentel, Luz Aurora (1998). *El relato en perspectiva*. México: UNAM-Siglo XXI.
- Redondo Goicoechea, Alicia (1995). *Manual de análisis de literatura narrativa. La polifonía textual*. Madrid: Siglo XXI.
- Reyes, Graciela (2000). *El abecé de la pragmática*. Madrid: Arco/libros.
- Ricoeur, Paul (1991). *Mundo del texto y mundo del lector en historia y literatura*. Françoise Perus, comp., México: Instituto Mora.
- Verani, Hugo J. (s/año). *Disonancia y desmitificación en Las batallas en el desierto, sle*.

Datos de la autora:

Ana Bertha Rubio Hermosillo realizó la licenciatura en Estudios Latinoamericanos de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Autónoma de México. Su grado académico corresponde a la Maestría en Docencia para la Educación Media Superior, con la especialidad en español (MADEMS, UNAM). Cuenta con una antigüedad académica de dieciocho años y es profesora titular de tiempo completo.